

Parte de la grandeza de Efraín Huerta proviene de su trato constante con la muerte. La aflicción, la negatividad, el quebrantamiento, la destrucción, el autoescarnio, la derrota, la dolorosa promiscuidad, son la mejor constante de su obra poética. Efraín Huerta podría decir, como Elías Canetti, que la muerte es el único acontecimiento real. Esta convicción adquirida tempranamente, ya no se apartará de él. La encontramos en uno de sus primeros poemas, de *Absoluto amor*, cuando dice: "Tengo en mi biografía/capítulos de espectro apuñalado". Como la encontramos en los *Responsos* y en otras partes fundamentales de su poesía. Pero no es la de Efraín una muerte mirada a distancia, con la comodidad de quien constata lo que sucede en el exterior, sin que su enunciación se contagie con la turbia presencia. No hay un sentido del espectáculo en su poesía, como no hay tampoco hedonismo, fruición contemplativa. Una mirada rajada por la muerte, una voz que asume sus turbiedades, su resquebrajamiento propio. La muerte no es objeto, acontecimiento exterior, es una realidad asumida en las calidades mismas de la voz. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, Efraín Huerta convierte el autoescarnio en principio poético, en principio de enunciación. Los ejemplos abundan. Citaré algunos:

"Dulcemente a solas me miento la madre" (del poema "La muchacha ebria"). "En mi sueño se me reveló que yo era la gallina blanca, la gallina atrozmente idiota que no supo besar tu pie derecho" (de "Protesta y rendimientos"). "Y pues me vine, sí, me vine lo más pronto posible/ en medio de una estruendosa rechifla celestial" (del poema "Juarez-Loreto"). O este pasaje *El Tajín*, texto construido todo en torno a la idea de la muerte:

"No hay un imperio, no hay un reino.
Tan sólo el caminar sobre su propia sombra,
sobre el cadáver de uno mismo . . ."

Sin olvidar los poemínimos, en los que el autoescarnio asume a menudo aspectos devastadores, como en este "Handicap" que habría que leer, muy a la mexicana, en el contexto de un hipotético priapismo:

"No puedo
Dejar
De
Escribir
Porque
Si me
Detengo
Me alcanzo"

Pero esta liberación no es inmediata ni está falseada por el conformismo. Estar casado con la muerte y aceptar servilmente sus mandatos no es la misma cosa. La seriedad, la paciencia, la hondura de la muerte en la obra de Efraín Huerta —al mismo tiempo que la protesta en contra de ella—, adquieren en *El Tajín* su manifestación más sobria y más desgarrada. En el itinerario mortuorio de Efraín Huerta, este texto es una pieza maestra a la que todo parece confluir.

Su muerte reciente no nos deja un resabio de triunfalismo. De golpe, sus lectores nos descubrimos convertidos en sus sobrevivientes. Y sobrevivir a Efraín Huerta es un asunto complicado. Su trato con la muerte nos golpea por partida doble. Porque nunca como ahora lo sentimos más próximo, más cercano a nosotros; y porque ahora que leemos sus textos desde la perspectiva de una muerte que era ya definitiva desde entonces, aunque no lo supiéramos, sentimos que cada línea suya se inconforma ante lo inevitable, ante todo aquello que mutila la vida. Los labios que recortaban las palabras, eran también —para decirlo con uno de sus versos— esos "labios consagrados a decir que allí donde nos amamos ya no crece la hierba".